

Un brindis por España

Chiño

El presidente del gobierno español, a falta de mayores elaboraciones intelectuales, insiste en ideas sencillas, plasmadas con la misma concisión sintáctica, para que todo el mundo las entienda: *España va bien*. Y claro que va bien, a pesar de que la oposición se empeñe en cargar de negrura el radiante color azul de nuestro cielo actual.

El advenimiento de la modernidad y la consagración del pensamiento único nos ha trastocado los esquemas a mucha gente, particularmente a aquellos que portábamos nuestro equipaje anticapitalista y nuestras gafas de visión global en clave de lucha de clases. Amigos y amigas, poco nos queda por hacer con nuestros pertrechos ideológicos, tras el declive incesante de Izquierda Unida y la consagración del socialismo libertario –acepción grosera del tránsito de la socialdemocracia a la opción centro-centro- de **Rodríguez Zapatero**. Tras el paréntesis de los gobiernos socialistas, las cosas vuelven a su sitio, pues la historia parece regirse por leyes semejantes al magnetismo. Por mucho que muevas las virutas metálicas en el papel, el imán acaba creando sus flujos y atrayendo todo en el mismo sentido, estableciendo la misma relación entre los objetos.

Una de nuestras características definitorias como *unidad de destino* es la tendencia a cargar tintas sobre nosotros mismos. Nuestra tremenda desconfianza en las propias fuerzas nos pone, en dos o tres reveses, al borde del colapso. Hace exactamente un año, entre el efecto 2000 y los vaticinios milenaristas, más de uno se pasó el período navideño con el turrón atragantado, desconfiando de que el lucerío de los festines se transformase en síntomas del *pogrom*, del acabose.

Así como somos de tremendistas, nos transmutamos en entusiastas y esperanzados en un plisplás. Superamos nuestros particulares rubicones y nos plantamos alegremente ante la vida. Fíjense, si no, sufridos lectores de la T.E., cómo afrontamos este fin de año como si nada, confiados y felices, con las gasolinas caras pero con el ánimo dispuesto a todo. Y eso que ahora pondremos fin, de verdad, a toda cuanta unidad temporal aspire a superar un ser vivo: a la década, a la centuria y al milenio.

Algo semejante nos ha sucedido con otro asunto trascendental en nuestro devenir patrio. Me refiero a la crisis de los aerolitos, cuando hace un año los informativos diarios nos indicaban la geografía de los sucesos y el desconocido origen de los terrones helados: caían sobre personas, destrozaban tejados y coches, ahuyentaban al ganado. Con esta incertidumbre el CSIC elaboró concienzudos informes que no podían concluir de otra manera: el ingenio del personal no tiene límites. Al final no sucedió nada, no hubo dimisiones, ni denuncias ni encarcelamientos, el propio orden de las cosas se restableció de forma natural, sin acciones políticas, sin intervenciones judiciales.

Esta afirmación de valores y actitudes intemporales nos hace sintonizar con nuestra tradición de siempre, la que no muere, la inmarcesible. Veamos cómo todo vuelve a su sitio. Por ejemplo, en el deporte: la selección de fútbol no se come una rosca en competición alguna pero tenemos al Real Madrid enseñoreándose por Europa, como en las mejores épocas. Las olimpiadas también nos van poniendo en nuestro sitio: poquito dinero y menos medallas, como sucediera con **Joaquín Blume** y **Paquito Fernández Ochoa**.

También los medios de comunicación recuperan la fisonomía casi uniforme de antaño, aunque los métodos para que suenen todos en la misma escala no son tan descarados como los de antaño. No se precisa, ya, de una ley de prensa, sólo de presupuesto público e influencias para repartir credenciales de supervivencia. Televisión Española vuelve a ofrecernos desfiles militares en efemérides patriótico-religiosas, en la mejor tradición de Ángel Losada con su Por tierra, mar y aire.

La iglesia, tras un período no excesivamente copioso en resultados, recupera protagonismo social aunque creyentes y fieles no acudan al culto con la fe y el fervor de épocas pretéritas. En el plano internacional la jerarquía eclesiástica sube más enteros que nunca, pues el **Papa Wojtyla** es más obsequioso que **Montini** para con nuestros mártires. España tiene copada la "pool", la "grella" de salida para futuras proclamaciones de santos y beatos, nutriéndose todavía de los excesos cometidos con el clero en la II República.

Así, nos vemos en estas vísperas navideñas, cuando uno, pese a las cicatrices del duro vagar de la vida, se enternece todavía con los villancicos, las guirnaldas y las estrellitas de colores. Lo que nos sucede es como una vuelta a la infancia, según afirman los psicólogos. Esta España que va tan bien nos recuerda a otra España pasada, la de la niñez de los que empiezan a peinar canas, que también iba bien, sobre todo porque nadie podía mantener lo contrario. En este especie de revival vital lo que más me estremece es leer las crónicas de la prensa nacional en las que enaltecen a **Raphael** por su último espectáculo de luces y lentejuelas. El tiempo no ha pasado y la caspa tampoco, pese a los tratamientos. Volvamos a nuestra inocencia, estimados cuarentones, pues **Peret** regresa bendecido por los jóvenes cantantes, que enaltecen como rumba catalana sus horteradas de fiestorro y vino tinto. Preparémonos para la nostalgia fin de año, pues anuncian la vuelta en las galas televisivas de **María Ostiz** y **Mari Trini**. No nos deprimamos más. Brindemos, brindemos por nosotros, por el futuro, por el pasado. Por lo que sea.